

NO NACEMOS  
MACHOS



Compilación

# NO NACEMOS MACHOS

Cinco ensayos para repensar  
el ser hombre en el patriarcado



EN LA CIUDAD DE MÉXICO

EDICIONES LA SOCIAL

MMXVII



ver. 1.0.29.03.2017

Este libro puede descargarse libremente de  
<http://wp.me/proynY7x>

**Cuidado de la edición:** G.R.

**Diseño de portada:** Ediciones La Social

**El texto se editó íntegramente en Software Libre**

usando Debian GNU/Linux 8, LibreOffice

4.3.3.2, Inkscape 0.48 y GIMP 2.8.14.

Obra publicada bajo la Licencia de Producción de Pares



Atribución · Compartir bajo la Misma Licencia · No Capitalista

La licencia completa:

[<https://endefensadelsl.org/ppl\\_deed\\_es.html>](https://endefensadelsl.org/ppl_deed_es.html)

**Ediciones La Social**

*Cubículo Pável González, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Periférico y Zapote s/n. Edificio Principal, Segundo piso.*

*ediciones\_lasocial@riseup.net*

*edicioneslasocial.wordpress.com*

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN: LA MIRADA HACIA EL NOSOTROS | 9  
Guadalupe Rivera

DESEMPEÑAR LA MASCULINIDAD | 15  
Robert Kazandjian

LAS FEMINISTAS NO SON RESPONSABLES DE EDUCAR A LOS  
HOMBRES | 23  
Cecilia Winterfox

LA MASCULINIDAD ESTÁ MATANDO A LOS HOMBRES: LA  
CONSTRUCCIÓN DEL HOMBRE Y SU DESARRAIGO | 31  
Kali Halloway

HOMBRES ¿FEMINISTAS? | 47  
Javier Omar Ruiz Arroyave

CUATRO CONSEJOS DESDE LA TRINCHERA DE LOS ALIADOS  
FEMINISTAS | 53  
Andrew Hernann



◀◀ Se enseña a los hombres desde niños a no mostrar emociones o signos de debilidad: a ocultar todo lo que lo acerque a lo femenino. Los hombres tenemos que demostrar ser hombres de manera constante y periódica y la masculinidad existe en oposición a lo femenino y es por eso se construye en relación a nosotros, las parejas, los amigos, los colegas»

CRISTIAN GONZÁLEZ ARRIOLA





## DESEMPEÑAR LA MASCULINIDAD

ROBERT KAZANDJIAN

*Media Diversified*

*Traducción: Demonioblancodelateteraverde*

**M**i padre nos cuenta muy a menudo la historia de cuando vio por primera y última vez a su padre llorar. A principios de febrero de 1958, Armenag Kazandjian, de seis años, se encontraba sentado a la mesa de su familia en el piso del Cairo, disfrutando de un tazón de ful, un plato tradicional de la cocina egipcia. Mi abuelo, Vahe, bebía café aromático y leía el periódico. Mi padre recuerda ver al suyo dejar con pasmosa tranquilidad el periódico en la mesa y clavar su mirada a través de una ventana abierta mientras sus ojos se humedecían y las lágrimas comenzaban a recorrer sus hirsutas mejillas. Mi padre quiso saber qué pasaba, y mi abuelo, con sus ojos fijos en la atestada calle, le explicó que los jugadores del Manchester United más brillante de todos los tiempos se habían matado en un accidente de avión en Alemania. «Chicos», exclamó, «Chicos jovencísimos».

La familia de mi padre estaba acostumbrada a tragedias inmensas. Sus padres eran niños cuando sobrevivieron al genocidio armenio. Crecieron en hogares desgarrados física y psicológicamente, entre comunidades que luchaban por

reconstruirse. La madre de Vahe, huida de los linchamientos antiarmenios de Estambul de 1915, vivía con la angustia de no poder facilitar un espacio digno a la creciente familia de su hijo. Considerándose una carga, subió hasta el tejado de su bloque de apartamentos y se arrojó al vacío. Mi padre y su hermano se enteraron de la terrible noticia al volver del colegio; sin embargo, nadie recuerda ver llorar a mi abuelo. La sociedad armenia era, y aún hoy lo es, profundamente patriarcal. Los hombres que sobrevivieron al genocidio cargaron con el peso de la vergüenza del desplazado; creían haber fallado como protectores arquetípicos de su pueblo. Esta humillación pasó de padres a hijos y así cristalizó la decisión de demostrar a perpetuidad nuestra *fortaleza* patriarcal. La respuesta estoica de mi padre a la muerte de mis abuelos es muestra clara de esta herencia perniciosa.

Es probable que debido a esto el único recuerdo que guardaba mi padre sobre la vulnerabilidad de mi abuelo tras el desastre de Múnich explique su conexión emocional con el equipo de fútbol *Manchester United*. Y pese a haber nacido y crecido pared con pared junto al estadio del *Tottenham*, el deseo por emular a mi padre me hizo pasearme por los parques del norte de Londres con un prominente cuello alto como el de nuestro «Rey», Eric Cantona.

Ver los partidos del *United* por la tele con mi padre comenzó a ser un ritual. En la intimidad de nuestra estrecha sala me fijaba en su manera de actuar casi tanto como

lo que ocurría en el campo. Si aplaudía uno de los pases de «quarterback» de Paul Ince, yo hacía lo propio. Si se levantaba del sofá para celebrar los goles de Andy Cole, yo también. Si se hartaba a lanzar insultos a la pantalla, yo los memorizaba, por raros que me resultaran y los repetía en voz baja. Y si golpeaba brutalmente el puño contra la mesa del café de pura rabia, ahí iba yo, esperando que mi padre no notara el dolor que casi se me escapaba por los ojos.

Y así aprendí a desempeñar mi masculinidad. A través del prisma que me otorgaba ver el fútbol con mi padre, entendí que lo que se esperaba de mi era tragarme la decepción y la tristeza, transformarla en ira y escupirla como la llama de un dragón. Al crecer, apliqué esta manera de entender la vida a todo y a todo el mundo de mi entorno: expulsiones del colegio, agujeros con la forma de mi puño en las puertas de los dormitorios, costillas rotas y narices quebradas dejaban de manifiesto mi compromiso con convertirme en un «hombre hecho y derecho». Aprendí que toda la infelicidad que sintiera debía enmascararla con pintura de guerra, lo que me condujo a un camino de destrucción. Solo a través de la lectura y escritura en los últimos años de mi adolescencia comencé a desmontar mis tóxicas ideas en torno a la masculinidad.

Ya en la universidad, volvía a casa regularmente para mantener viva la tradición de ver al *Manchester United* con mi padre. Compartir ese tiempo con él viendo un partido se había convertido en algo altamente sentimental para

mí, algo que creía recíproco. Este sentimentalismo se hacía astillas muy a menudo cuando regresaba a casa y le encontraba gastándose hasta el último quinto en apuestas. También me invadía la tristeza cuando oía su coche detenerse afuera de la casa a medio camino de la segunda mitad. A pesar de estar desarrollando la necesidad reconocer de manera honesta mis emociones, sentía pánico ante la posibilidad de mantener una conversación sentimental con mi padre, por lo que prefería volver a optar por la rabia, algo que me era mucho más familiar.

El día en el que le diagnosticaron cáncer a mi hermano, no acudí a mi familia para buscar esa tranquilidad que todos y todas necesitábamos, opté por ir al gimnasio a levantar pesas. Tan decidido me encontraba a ser «fuerte», que elegí la expresión más literal. Me decidí por presas de banco y peso muerto en lugar de mostrarme abiertamente vulnerable y mostrar mis miedos a la gente de mi entorno más cercano. Y ahora me toca vivir con ese vergonzoso recuerdo.

**La construcción patriarcal de la masculinidad es algo muy real, y es algo que nos desguaza por dentro. Nos condiciona para rechazar las respuestas genuinas al dolor que nosotros mismos experimentamos y al dolor que sufren las personas de nuestro entorno.**

Al bloquear cualquier expresión sana de nuestros sentimientos, exteriorizamos en primer lugar nuestro dolor agrediendo y violentando a otras personas, especialmente mujeres, aunque posteriormente ese dolor también se vuelva contra nosotros. Todo esto resulta en nuestras parejas temblando por la intensidad con la que alzamos la voz, o en nuestros hijos imitando nuestras conductas y en nuestras hijas condicionadas a aceptar nuestros abyectos comportamientos como algo corriente. Algo así como enviar fotos de tu verga sin que te las pidan. En como llamar «puta» a una mujer en la cara tras haber rechazado nuestras agresivas proposiciones. Algo que resulta en no ver nada de malo en emborracharnos hasta caer inconscientes o en un «eso para mí no es violar». Toda esa crueldad y resentimiento se encuentran arraigados en nuestra genuina y primigenia decisión de desplegar de la manera más concisa nuestra «fortaleza» mientras abandonamos los poderes terapéuticos que conlleva asumir nuestra denominada «vulnerabilidad».

Hoy, el disfrute de los partidos del *United* con mi padre se ha visto enturbiado por la aflicción. No se encuentra bien, su memoria a corto plazo se le escapa como vapor por una ventana. En un par de días, le cuesta recordar los detalles de los partidos más apasionantes. En verano, el equipo que ambos amamos fichó al capitán y al máximo goleador histórico de Armenia, Henrik Mkhitaryan, algo que nos llenó de euforia. El domingo pasado, en Old Trafford,

Mkhitaryan corrió a por un balón dividido, se lanzó un autopase y disparó hacia la portería del *Tottenham*, alojando el balón en las mallas, convirtiéndose así en el primer armenio en anotar un gol en la *Premier*. Lloré. Miré a mi izquierda y mi padre lloraba también, sin ningún rubor. Puede que derramáramos lágrimas porque ser armenio es algo oscuro y desconocido, algo que requiere de explicaciones y mapas y que, sin embargo, ese día la norma no se cumplió. Quizá lloramos porque el gol de Henrick Mkhitaryan representaba el símbolo de nuestra supervivencia y crecimiento tras el genocidio, en un mundo en el que nuestros opresores deseaban nuestra desaparición. Puede que mi padre pensara en el Cairo y en ese plato de ful, y en las lágrimas de su padre. Quizá lloré porque sabía que él pronto no recordaría jamás ese momento.



Si bien el patriarcado oprime a los hombres, conservamos intactos los privilegios que nos otorga: Ser los primeros en sentarnos a la mesa, comernos el plato de comida más grande, ser [...] los que ganamos el mejor salario respecto a nuestras colegas, los que podemos ejercer violencia, piropear a las mujeres en la calle y tocarles el trasero en el metro sin que nadie diga nada, porque esa violencia está naturalizada. No se trata de construir un discurso bajo la lógica del empate entre hombres y mujeres, porque mientras los varones no soltemos esos privilegios, esa idea de que somos víctimas del patriarcado no va a poder ser asumida por nosotros»

KLAUDIO DUARTE